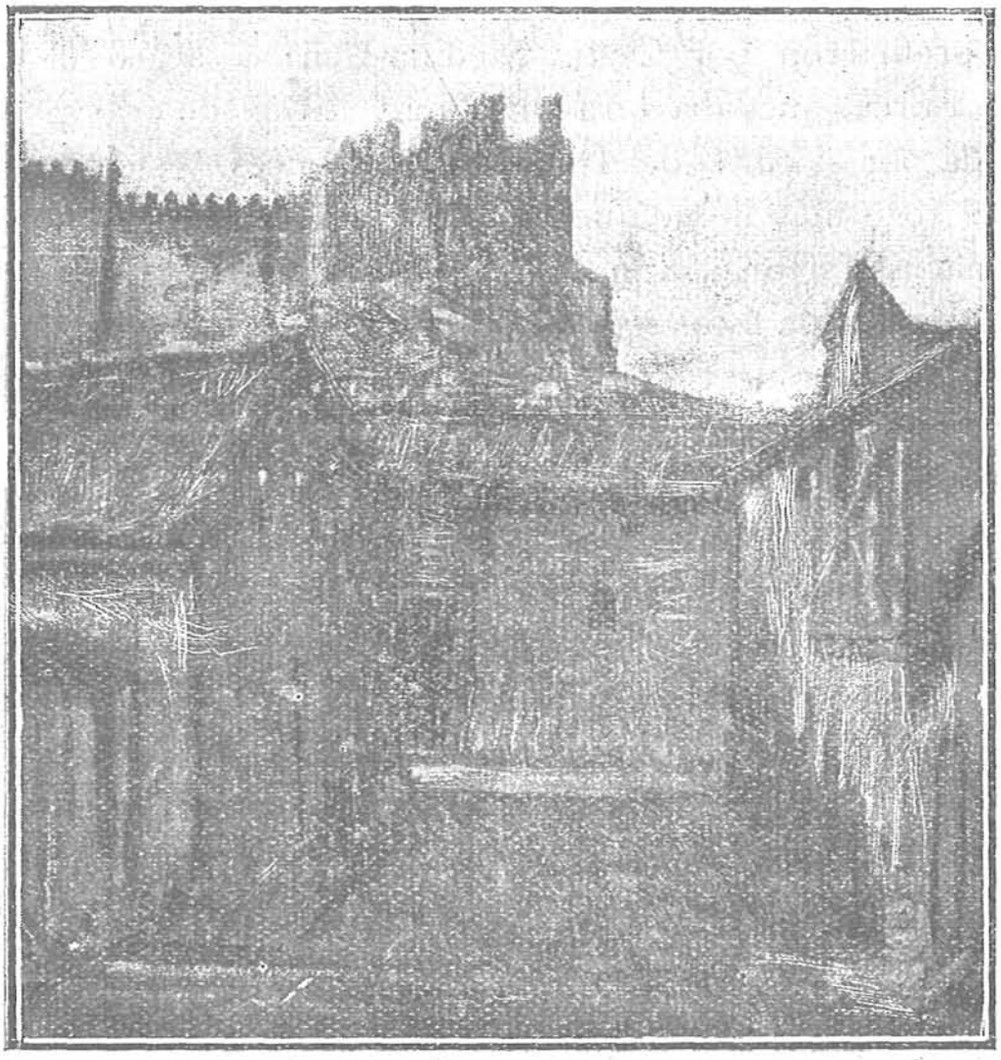
IV

GORMAZ: ESTUDIO HISTORICO-ARQUEOLOGICO

POR NARCISO SENTENACH.

Es la provincia de Soria, en el centro de nuestra península, de las más propiamente demarcadas por la naturaleza. Rodeada



Vista de Gormaz y su castillo.

por todos lados de altísimas montañas y a un nivel máximo sobre sus colindantes, ha sido siempre como el alcázar de nuestra nacionalidad y el punto culminante de su defensa.

Bien puede estimarse el dueño de tal territorio seguro dominador de los comarcanos, y así lo han entendido en todos tiempos nuestros invasores.

Pero resulta, a la vez, dividida la región en doble recinto, determinado por el curso del Duero.

En su perímetro más exterior, sus altas montañas, tan ingentes como el Moncayo, con la cordillera ibérica al Oriente, la sierra Pela y el nudo de la Marianica en Grado, y Riaza al Sur, levantándose al Norte las escarpadísimas sierras Cebollera y de Hostaza, vienen a protegerla grandemente por todos sus lados. En toda esta larga cadena de naturales murallas infranqueables son muy contados los puntos por donde puede escalarse la altura; pero aun forzados aquellos pasos del Sur, que los romanos y árabes prefirieron por Ocili (Medina-Celi) y acaso el Torreplazo y Furca, quedaba otra línea muy difícil de trasvasar, determinada por el curso del Duero, que entonces, y siempre, constituirá el foso más infranqueable para la defensa del riñón de la región hacia el Norte, a la orilla derecha del río.

Si las aguas de éstos han constituído siempre el obstáculo mayor para la conquista de una región, como se ha demostrado hasta en ocasiones tan recientes, ¿qué invasor podría franquear el Duero en los antiguos tiempos hallándose tan bien defendido?

Y estábalo, sin duda. Desde Soria a Almazán, a Gormaz, a San Esteban de Gormaz, a Roa y Simancas, Toro y Zamora, elevábanse a su derecha una serie de fuertes, en comunicación entre sí, que lo defendían admirablemente.

Otra hubiera sido la suerte de Numancia a haber estado a la derecha del Duero, y no fuera de su amparo, a la izquierda; pues ni Escipión, ni sus antecesores, se atrevieron antes a pasarlo. Al Norte del río se extendió siempre la región más rica de los pinares y los bosques, pues al Oriente y Sur fué la de los trigales y cosechas invernales.

De todos los fuertes citados ocupaba Gormaz posición privilegiada, quizás la más estratégica de todas ellas, pues elevándose en aislada prominencia, rodeada en su mayor parte por el curso del río, dominando toda la región en muchas leguas a la redonda, y en comunicación con otros varios castillos, constituía una posición tan natural como inexpugnable.

Los más primitivos habitantes de la península debieron comprender bien pronto las ventajas de aquella posición y escogiéndola para asiento de un fuerte, la llamaron por ello Gor-

maz o algo parecido; a esta etapa preibérica siguió la propiamente ibérica, o de los arevacos, dueños de aquella región, de los que tantos restos se encuentran, completando con ella los romanos su conquista del centro de la Hispania. Las vicisitudes por que atraviesa la península desde la invasión de los bárbaros hasta los tiempos de la unidad nacional, se hacen visibles y dejan su huella en Gormaz; porque este pueblo y sobre todo su potente fortaleza, constituyen un nudo de toda nuestra historia nacional, aún no bastante estudiado, pero cuyos elementos son hoy tan abundantes, que permiten seguir todo su interesantísimo proceso. No hay decisivo momento de que no sea escenario de importante suceso, y en ella han posado las más grandes figuras de nuestras crónicas. Por esto, después de describirla en su estado actual, pasaremos a delinear el cuadro de su pretérito.

La villa y castillo de Gormaz asiéntanse hoy, como decimos, sobre aislado cerro que se destaca a la orilla derecha del Duero, en uno de los sinuosos giros de su curso, constituyendo casi una península. El cerro se prolonga de Oriente a Poniente, coronado por el castillo, extendiéndose el pueblo en la ladera del Mediodía, menos escarpada y sombría que la del Norte.

El castillo, todo él construído de fuerte sillería, ofrécese al exterior bastante intacto, conservando casi todos sus cubos y lienzos de muralla, algunos coronados aún por sus almenas, con tres puertas principales al Mediodía y otras tres poternas al Norte.

A los pies de éste, al Mediodía, se asienta el actual pueblo, o mejor, aldea de Gormaz, en otros tiempos mucho más poblada y extensa, como veremos; hoy reducida a los recursos que le proporciona su campiña, con humildísimas casas, modesta iglesia y ermita y pobrísimo cementerio.

A la izquierda del pueblo se extienden las eras sobre los muros de la primitiva ciudad ibérica, que se dilataba por Oriente hasta la actual carretera de Quintanas a Recuerda, salvando ésta el Duero por un puente romano aún en uso, frontero por completo al pueblo y al castillo. Entre la carretera y el río se descubre la necrópolis de la antigua ciudad ibera, y al Poniente, también limitada por el río, se observan los restos más visibles de la romana. Tal es el estado actual que ofrece aquel resto de población, en otros tiempos tan importante y hoy tan exiguo; pero

aún delatan su influencia pasada los nombres de muchos de sus lugares comarcanos, todos ellos subordinados en su día a la ciudad del gran fuerte, pues contiguo se divisa el pueblo de Quintanas de Gormaz; al frente, el de Villanueva de Gormaz; al Poniente, más abajo, en el río, San Esteban de Gormaz, sin faltar otras denominacionees de terrenos que con él se enlazan.

ETIMOLOGÍA.—La primera cuestión que ocurre al estudiar este centro es determinar el origen y significación de su nombre. El de Gormaz no figura en ningún itinerario ni texto clásico que pueda a él referirse. Ni la epigrafía ni la numismática nos dice nada de ello, y sin embargo el nombre parece muy antiguo, quizá basco, cual otros muchos que encontramos en el centro de nuestra península, impuestos, sin duda, originariamente por los aborígenes y aceptados después por los iberos y romanos.

God o *gor-maz* parece responder en basco a raíces cuya significación es la de altura y poblado, que en todo le convienen, como Gorbea o Gorbeya es el nombre de una de las más encumbradas montañas del país bascongado, con otros muchos lugares españoles que participan de igual etimología; y no perdamos de vista que de muy semejante modo se apellida en caldeo al monte Gordeya en la Armenia, donde, según la tradición bíblica, quedó encallada el arca de Noé después del diluvio.

La primera vez que suena el nombre de Gormaz es en las historias de los árabes, pues la hitación de Vamba no lo cita, ni conocemos documentos de los primeros siglos de la reconquista en que se mencione: غرماج lo escriben los árabes.

HISTORIA.—De aquellos remotos orígenes que alcanzan a su nombre originario, apenas quedan quizá más testigos que los enormes bloques graníticos que forman el cimiento del castillo, suficientes ellos para constituír un lugar fuerte, pero sin ninguna pictografía ni signo que corresponda a aquellas edades.

Más huellas dejaron los iberos o celtíberos, sin duda poseedores del lugar, en su tribu de los arevacos, que ocupaban toda la región media del Duero, como tendremos ocasión de comprobar ante los restos de su necrópolis, aunque ningún hecho especial se consigne respecto a ellos en aquella edad prerromana, ni de sus luchas contra las legiones que efectuaban la penetración del poder italo en la península; sólo podemos afirmar que durante la

guerra de Numancia debieron pasar a su vista los escuadrones romanos que se dirigían a Termes, al mando de Pompeyo, para sufrir tan gran descalabro, pues el camino por ellos seguido, sin pasar el Duero, fué, sin duda, por Almazán (Absenia?) (1) a Recuerda, Fresno y por Las Hoces a Termes, todo ello a la vista y aviso de los adarves del castillo.

Dominada al cabo la península por los romanos, Gormaz queda bajo su imperio, ensanchándose la ciudad hacia Occidente, que es donde se han hallado los restos arqueológicos de aquella etapa, sin contar con el puente y sus obras en el castillo.

No hay nada que se oponga a la suposición del temprano cristianismo en aquel lugar y quizá pudieran estimarse como visigodas algunas de sus antigüedades.

Posesionados los árabes de toda España de modo tan incomprensible, bien pronto notaron la importancia de la posesión del alto Duero como llave de su dominio en toda la península; por ello en los días del mayor poder del Califato no apartaron su atención de ella, fortificando especialmente a Agreda, Medina-Celi y Atienza como sus puertos avanzados.

Pero apercibiéndose más, fortificaron la orilla derecha del Duero al notar la creciente presión de los reinos cristianos, reparando los castillos de Soria, Almazán, Gormaz y San Esteban, teniendo que resistir el contacto con las huestes enemigas en Simancas, Toro y Zamora.

Por el condado de Burgos temían los más fuertes ataques: la figura del conde Fernán González se presentaba por allí arrolladora, el cual, cayendo sobre Osma y San Esteban, conquistaba a la primera en 921, y pasando a Gormaz, lograba a poco rendirla, defendiéndola después con gran brío de los asaltos de los muslimes (2). Durante su permanencia, una noche, la atrevida morisma escaló el castillo, y el Conde hubo de defenderse personalmente rechazando el ataque. Aquí permaneció algún tiempo; pero teniendo que volver a su condado, la reconquistaron de nuevo los árabes, al empuje de las huestes cordobesas.

Anciano ya, en 970, murió el conde Fernán González, conti-

---

(1) Los de Almazán se llaman hoy entre sí *abnamantinos*. (*¿Absenia?*)

(2) Véase el padre Carranza, *Crónica del Monasterio de Cardeña*.

nuando los árabes en posesión tranquila del castillo, que ensancharon y fortificaron grandemente.

Firmada la paz entre los reyes cristianos y los califas cordobeses, fué ésta bruscamete interrumpida en los días en que precisamente dirigíanse a Córdoba los embajadores cristianos.

Irritado Hixen II por la noticia de la irrupción de los leoneses en la tierra de Gormaz, envió a su mejor general y poeta Galib a su defensa, logrando éste, al tercer combate entre el fuerte y el río ahuyentar a los cristianos acaudillados por Garci Fernández. Su historiador Aben-Hayyan nos informa minuciosamente de toda esta empresa, en el año 364 de la Hégira (974 al 975 de J. C), ante los muros de Gormaz, cercada por los cristianos y a punto de caer bajo su dominio, dejándola asegurada por algún tiempo bajo el poder de los muslimes (1).

A ella debió acudir más tarde el ajib Almanzor, para disponer sus correrías, y quizá por su proximidad (2) de allí sacó fuerzas que fueron derrotadas en Calatañazor, ya en este propio lugar o en otro cercano, según resuelvan los datos que se aporten para el esclarecimiento de las cuestiones sobre este punto suscitadas; pero de lo que no cabe duda es que Almanzor, derrotado, dejando a la derecha a Gormaz, pasó a su vista, emprendiendo el camino de Medina, tan claramente determinado por el portillo de Andaluz, para seguir por Berlanga y Casillas a Caltojar y Bordecares (*Borg-Alcoraxi*), hablándose de su muerte en este punto y su entierro en tl indeterminado cerro cuarto contiguo a Medina-Celi.

Todo esto ocurría en el año 1002 de nuestra era y con ello tomaban nuevos bríos las acometidas de los cristianos sobre las plazas más contiguas a las tierras de Burgos.

Fernando I de León y Castilla había de dar el avance definitivo. Apoderado de San Esteban, bitn pronto cayó también Gormaz en su poder en 1047 de J. C. Ambas plazas constituían los más fuertes baluartes para la seguridad del dominio del resto de la comarca; así que puede decirse quedó desde entonces incorporada al reino de Castilla toda la cuenca del Alto Duero.

---

(1) Véase su traducción por Codera en el BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, año 1889, pág. 436.

(2) Véase Simonet, *Leyendas árabes*. Almanzor, pág. 165.

Fernando I encomendó la tenencia del tan disputado Gormaz al conde don Gómez (El Lozano del Romancero) y algo después Alfonso VI daba a Rodrigo Díaz de Vivar los castillos de Berlanga y Gormaz, en juro de heredad, como premio de la victoria obtenida en 1081 contra el rey Al-Mondhir coaligado con don Sancho de Aragón, tan contiguo el fuerte de Berlanga al de Gormaz, que se distinguiría el uno desde el otro claramente, a no ocultar su vista un mediano cerro; la senda de Badorrey era la linde entre ambos señoríos. (*Gesta Roderici:* XXV.)

Ofendido el padre del de Vivar por el conde Lozano, encontró éste su muerte a manos del Cid, sin que ello fuera obstáculo para que su hija doña Gimena llegase a pedir al Rey por esposo al propio matador de su padre, como único medio, con algo extraña ética, de resarcirla de su orfandad, según la leyenda.

Por ello ensanchó su feudo y desde él no es extraño dijera a Alfonso VI, cuando su primer destierro, que en su tierra estaba, no en la del Rey, para no pisarla.

Allí, pues, en Gormaz, debió de reunir más de una vez sus huestes cuando se preparaba para sus hazañas, y por allí cerca, *dejándola a diestra,* según dice el poema, debió darle un adiós cuando, de nuevo desterrado, se dirigía desde Cardeña, sin poderse detener, hacia Torreplazo, para penetrar en la cuenca del Henares. He aquí cómo nos ncontramos a Gormaz y su región constituyendo solar propio de nuestro más legendario caudillo, que al tenor de otros tan aguerridos, moros y cristianos, comprendía la importancia de aquellos lugares para la guerra.

Aún encuentra el Cid moros en Atienza (1) y Medina-Celi, y en *la casa de Berlanga* posan su mujer e hijas cuando van a reunirse con él; pero aquellos castillos con que los árabes coronaron la mayor altura castellana, una vez posesionados los nobles de ellos se convirtieron en guaridas de sus recelos y enconadas pasiones, y en castigo de los pueblos que a su sombra vivían, sufriendo rigores completamente feudales.

---

(1) No deja de ser extraño que los árabes, teniendo el fortísimo castillo de Atienza, no pasaran desde él a la cuenca del Duero, llegando para ello hasta Medina: sólo se explica por las grandes dificultades para un ejército al pasar por Torre-plazo la sierra Pela.

En 1214 era señora de Gormaz la infanta de Castilla doña Berenguela, hija de Alfonso VIII y madre de don Fernando, que la poseyó con San Esteban y otros lugares comarcanos; sin duda, como tantos otros castillos, debió pertenecer por algún tiempo a don Lope de Haro, en los de Sancho IV, sin que los anales aragoneses consignen que llegara hasta allí Alfonso III, debelador de Berlanga.

La tradicional importancia de Gormaz le daba derecho a seguir ocupando preeminente lugar en la jurisdicción de aquella comarca; pero la cercana instauración de otra sede de paz y de poder espiritual vino a mermarla hasta el punto de absorberla. Nos referimos a la reposición de la sede uxamense (1096), con la erección de la Catedral del Burgo de Osma, tan pujante desde luego que llegó hasta rivalizar con Soria, reconocida como la capital desde el momento de su reconquista.

La proximidad de la sede obispal de Osma se hizo sensible en Gormaz al punto: su cabildo constituyó en ella como una atalaya de sus derechos, instaurando por donación de Sancho III (1154) una iglesia, la de Nuestra Señora de la Antigua, directamente dependiendo de ella, de la que sólo restan los cimientos al extremo Norte del pueblo y quizás su imagen titular en la actual parroquia.

De tiempos más modernos ningún palacio, templo importante, enseña, ni escudo se ve en Gormaz, que pueda unirse a memorias escritas; sólo subsiste el rollo en su plaza. Quizás en el castillo se ofrezca alguna reparación que pudiera estimarse de los días de los Reyes Católicos, sin que se citen tampoco hechos en la edad moderna o modernísima que puedan constituír sus últimas memorias. En los días de Loperráez pertenecía a los Marqueses de Camarasa, y hasta 1838 fué cabeza de jurisdicción de 11 lugares, de la que debió ser signo el rollo que aún se ve en la plaza como emblema de su relativa capitalidad, hoy perdida.

De su condición presente, sólo puede decirse que, dada su posición y fortaleza, quizás pudiera aún utilizarse algún día para bélicas hazañas.

ARQUEOLOGIA

LA CIUDAD.—Nada queda hoy, ni en ella ni en sus alrededores, que haga presumir una primitiva época de troglodismo, ni de edad de piedra. La ausencia de abrigos y cuevas es completa, por lo que acaso sólo quede su nombre de tan primitivas edades.

Los rastros más antiguos se refieren a las gentes celtíberas, arevacos, que allí formaron un poblado: de él sí quedan huellas indelebles al pie de la colina, hacia el río, en su parte más oriental.

Visibles se hacen aún desde las eras los restos de cimentaciones y cortes en la roca que determinan las primitivas edificaciones: su perímetro queda muy bien demarcado en una extensión de 733 metros, desde la vuelta de la carretera al pueblo actual, y allí debió asentarse sin duda la ciudad celtíbera.

De la importancia de ésta es testimonio fehaciente su contigua necrópolis, al lado del río, suficientemente explorada en estos últimos tiempos por el señor Morenas de Tejada, de la que tan numerosos restos ha extraído, constituyendo hoy importantísimo contingente de las colecciones ibéricas del Museo Arqueológico Nacional. Todavía se notan las estelas funerarias a la orilla del camino, y no en balde continúa su exploración por aquel terreno. Sobre esta ciudad de los muertos ¡cuántos hechos se han verificado, cuántas luchas, sin sospechar los combatientes que estaban hollando los restos de sus antepasados!

No debió ser suficiente esta necrópolis para el enterramiento de los cadáveres de tal ciudad, pues más al Oriente la ampliaron con otras, aun inexploradas.

Por los restos descubiertos, por la disposición de sus tumbas, sistema de sepelio (cremación, con urnas cinerarias, acompañadas de armas y objetos), y tantas más particularidades, estas necrópolis corresponden de lleno a las de un pueblo celtíbero, muy guerrero, con todos sus caracteres y singularidades; de allí han salido los objetos más curiosos: espadas, puñales, fíbulas y tantos más de hierro y bronce, pudiendo estimarse como una confirmación más de los exhumados en otras excavaciones; pero tampoco en ella se ha encontrado moneda de ninguna especie.

Al ser sometido este pueblo a la dominación romana, cam-

bian por completo sus caracteres: aun aceptando el respeto a la ciudad ibérica, los romanos se establecen y la ensanchan por el lado de Occidente, ocupando esta parte de la ladera del cerro. Todos los restos romanos encontrados, tanto epigráficos como de cerámica, monedas y otros de tal especie han aparecido por este lado: todo él se halla aún sembrado de fragmentos de vasos rojos *sigilati,* que vienen a ser siempre los determinantes de los recintos romanos.

Entre estos restos, ocupa primer lugar una lápida sepulcral inédita que ofrece particularidades dignas de ser anotadas (1). Dice así:

D M
NT
PHILATENI
AN. XXXV
LATRO.COR
VXXORI. PI
ENTISSIME
POSVIT

Según se ve, nos quedamos sin saber el nombre de la mujer a que estaba dedicada, difunta a los treinta y cinco años y esposa de Latro Cornelio, que con gran pena le erigía tal memoria.

Los restos de cerámica roja *sigilata* aparecen, como decimos, abundantísimos en aquel terreno, habiendo memoria y enseñando aún el hueco de ánforas y vasos de gran tamaño allí encontrados.

Monumento importantísimo de aquella civilización latina es el soberbio puente sobre el Duero, con siete ojos, hoy aún incólume en su mayor parte, defendido además por un garitón central existente a la mitad de su extensión y otro torreón, derruido, cabeza del puente por el lado de la ciudad. Su sólida construcción, según el sistema puro romano y calidad escogida de su piedra, le hace resistir los siglos, teniendo sólo que lamentar en él alguna reparación moderna.

Resto también romano de gran aspecto es el ábside de la

(1) Incrustada al exterior del muro de la ermita de San Miguel. En su portada hay otro fragmento sin sentido.

iglesia del frontero pueblo de Recuerda, ejemplar sobresaliente del arte basilical latino; sin duda debemos incluír en él el recinto, también absidal, al pie del castillo, quizás en su origen templo cristiano y hoy, destechado, humildísimo cementerio, habiendo sido antes, según memoria, iglesia de Santiago.

De la ciudad árabe no queda, que sepamos, resto alguno, pues la inscripción cúfica incrustada en la ermita de San Miguel procede, sin duda, del castillo. Emplazada en el propio solar que hoy ocupa, pues en ningún otro sitio se vislumbra, nada se descubre en aquel caserío de adobes y maderas, tan modesto como humilde; sólo el castillo delata haber sido morada de poderosa falange musulmana, sólo éste presenta el aspecto de gran ruina

La ermita de San Miguel, al extremo occidental de este conjunto, es el único resto arquitectónico de la reconquista cristiana: de estilo románico, ofrece los caracteres propios de tales modelos en sus muros y huecos, no conteniendo en su interior nada digno de especial apunte.

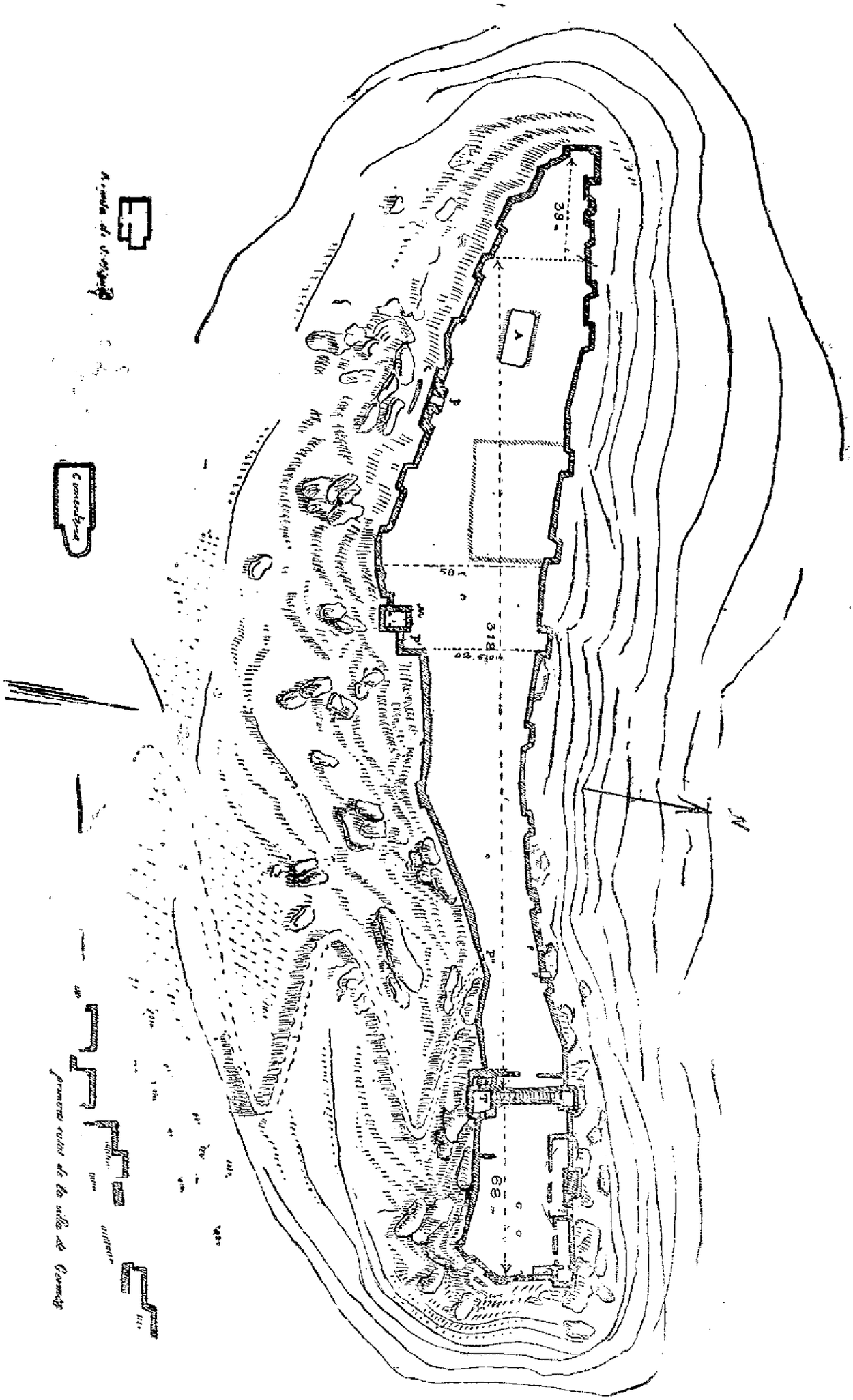
El más moderno monumento es, sin duda, el rollo de la plaza, del siglo XVI, que lleva la inscripción IZOSE SIENDO ALCALDE LUIS PULIDO, pues la parroquia no ofrece carácter alguno anterior al siglo XVII. Loperráez nos transmite que por los años de 1533 "había en esta villa, según cuenta de instrumentos, muchos bordadores de seda, conservándose aún en las iglesias algunos ornamentos trabajados en ella", muchos, sin duda, sobre terciopelos de Calatañazor; aunque añadiendo que en sus días "carecen los vecinos de toda industria y está la villa muy atrasada y escasa de vecinos".

EL CASTILLO

Aunque insistiendo y hasta repitiendo mucho de lo dicho, estamos obligados a aumentar y detallar más en su estudio, pues este fué el objeto primordial de nuestra misión y el lugar de las más continuadas excavaciones.

Indudablemente se limitó, en su origen, la parte fortificada a la más oriental de la cumbre del cerro, núcleo primitivo de su defensa.

Sobre aquellos inconmovibles bloques de granito, elevados



PLANO DEL CASTILLO DE GORMAZ

hasta tal altura por colosal empuje subterráneo, ocurrido en las edades geológicas y que formaban como un fuerte natural, acumularon otros con gran esfuerzo los iberos para formar su defensa primitiva. Después los romanos sustituyeron aquellos movibles peñascos por muros y torres de sillarejo y mortero, que ellos introdujeron entre nosotros, en la forma que hoy subsisten, permaneciendo aún enhiestas aquellas dependencias, a pesar de haber perdido la traba de sus techumbres; estas dependencias constituyeron siempre la parte más habitable, formando el verdadero alcázar, donde descollaban sus más altos torreones y sus mejores defensas.

Un foso y dobles muros flanqueados de torres formaban el frente occidental de esta primitiva fortaleza, con la entrada lateral al pie de la torre principal o del homenaje, como después se llamó (T del plano), puerta aún defendida por un gran matacán y de muy difícil entrada. Los árabes no se contentaron con este reducido fuerte, y hallándose con la mayor parte de la cresta del monte en condiciones de ser mejor defendida, lo ensancharon por toda ella, rodeándola de muros y torres, constituyendo una prolongadísima plaza de armas de 366 metros de eje, como se observa en el plano, dándole ingreso por tres puertas al Mediodía, con tres potencias al Norte (P, P', P'').

La puerta más oriental está destruída, aunque existe dibujo de ella (1); la central aparece flanqueada a su izquierda por un gran macizo que casi la ocultaba: la entrada más occidental obtenía, por su monumentalidad y esmerado arte, la categoría de la gran portada del castillo. (P. del pl.)

Avanzando un tanto ante la línea de las murallas, sin torres que la defendiesen, lo que constituye una particularidad muy extraña, tratándose de la puerta de un fuerte y apareciendo por ello como fachada saliente, yérguese esta gran portada sobre un cimiento un tanto escalonado, dibujándose en su centro el más gallardo arco de herradura encerrado en su *arrabá* que pudiera imaginarse, no menos correcto ni elegante que los de la propia Aljama cordobesa; diríase que fué trazada por los mis-

(1) Que hizo el señor Gil y Gabilondo y publicó en su obra sobre castillos.

mos arquitectos, pues hasta conserva su dovelaje las huellas de policromía roja y ocre, al igual que los de Córdoba.

Un segundo arco, más pequeño que el exterior, reduce un tanto la amplitud de la portada, dejando entre ambos espacio suficiente para las hojas de puerta y el rastrillo, como fácilmente puede observarse.

El lienzo Norte de la gran plaza lo fortificaron con 14 torres, que aún permanecen enhiestas, limitando el recinto por Poniente con un gran muro, que le presta por fuera el aspecto de fortísimo torreón; contiguas al primer recinto abrieron las tres poternas (p, p', p'').

El macizo que defiende la puerta central del mediodía interesa vivamente ((M. del plano). Es un espacio cuadrado, con puerta al interior de la plaza, de perfecto arco de herradura, pero murado tan cuidadosamente que se ve en ello un deliberado empeño.

El espacio interior podemos examinarlo sin embargo; entrando por su cubierta derruída, nos hallamos en una estancia completamente cuadrada, haciendo suponer sus pechinas que estuvo coronada por una cúpula.

El muro frontero a la tapiada puerta es también más moderno, pero detrás de él se observa el antiguo.

¿Por qué estos refuerzos? ¿Con qué fin se inutilizó aquella pieza? ¿Qué fué en su origen? Cierto misterio que en ello se observa sugiere ideas de contrarios sentimientos allí en lucha. Quizá, o mejor sin duda, fué la mezquita del castillo, con su entrada al Norte, su mirhab al Mediodía, su cúpula semiesférica.

Alguien nos impulsó a abrir aquella puerta, a derruír el muro antepuesto al fondo; pero cierto respeto histórico detuvo nuestra mano...

La huella de la dominación cristiana tardó poco en hacerse patente en el castillo. Como obedeciendo a las mayores necesidades de defensa hubo que reforzar algunos muros, entre ellos los señalados como de separación entre la parte más fuerte y la plaza de armas.

Para conseguirlo elevaron sus muros, pero directamente sobre las almenas del antiguo, respetando éstas, cual hoy puede

observarse, sin duda para conseguir mayor trabazón entre ambas obras.

A más modernos siglos corresponde la reedificación del torreón del homenaje, empleando el ladrillo principalmente, si bien aprovechando como matacanes ménsulas árabes de rollos, que parecen también traídos de la mezquita cordobesa.

Finalmente, en el muro occidental, que por el desnivel se ofrece como torreón grandioso, incrustaron a gran altura tres sillares o estelas árabes, de labor oriental, debiendo alguna haber llevado inscripción, hoy ya por completo borrada.

De baluartes exteriores, foso o barbacana, nada se nota: sólo ante la gran portada resta algo del murete que debió sostener el terraplén de ingreso.

El estado de conservación de tan temido fuerte es bien poco satisfactorio. Ninguno de sus torreones conserva pisos ni techos; muchos han sido descarnados, sobre todo por el interior, para extraer sus sillares; sus cámaras se hallan en alberca y sus adarves y escaleras, impracticables.

En toda su extensión se observan los pozos y aljibes que constituían el subsuelo, hablándose de las indispensables galerías subterráneas que, según algunos, llegaban al río; alcanzando la imaginación popular a llevarlas hasta otros castillos muy distantes.

La exploración y excavación del castillo, objeto principal de nuestra empresa, no dió, en verdad, resultados notables, ni por sus descubrimientos ni por los objetos hallados.

Practicados los trabajos principalmente en la parte oriental o del alcázar, redujéronse los encuentros a algunos proyectiles de piedra, en forma de bolas, a trozos de armaduras de hierro de los últimos siglos medios, con algunas guarniciones de correajes y arreos, verdaderamente primorosas; de armas ofensivas árabes o cristianas puede decirse que no surgió ninguna, y de cerámica, sólo de la más vulgar y corriente, relativamente modernas, salieron algunos trozos a la superficie. Las monedas también correspondían a los últimos siglos medios.

Explorado repetidamente el interior del castillo, sin duda en busca de tesoros o al objeto de extraer piedra para las moder-

nas construcciones del pueblo, hoy queda reducido a la más mínima expresión el esplendor pasado de aquella hermosa ruina, ofreciendo aún, sin embargo, un aspecto imponente, una silueta pintoresca en extremo, que da gran carácter a aquel paisaje y que llama poderosamente la atención, al divisarlo desde el tren que corre por la vía de Valladolid a Ariza, de la que muy cercano se contempla.

Desde la estación de Quintanas de Gormaz puede visitarse fácilmente, recorriendo por buena carretera y senda que de ella deriva, el par de kilómetros que de ella está distante.

Tal es en conjunto y en los más importantes detalles antedichos, después de levantar con la mayor exactitud posible los planos del castillo y lugar de Gormaz, lo que estimamos más procedente respecto a la actualidad y pasado de tales lugares. Si en lo pretérito la animación y el fragor de luchas y caudillaje animó aquellos ámbitos, hoy el silencio y la soledad dominan en ellos por completo. ¡Que una era de paz les ampare y defienda de mayor ruina, como recuerdos dignos de ser conservados en la integridad de su veneración histórica!